



Es una señora de cabellos muy blancos, fina, amable, sonriente. Su vida debe de haber transcurrido siempre en la seguridad y en la calma. No se le puede imaginar si no es una habitación decorada con gusto severo y delicado. Parece que estos años amargos del resquebrajamiento no hubieran llegado hasta este cuarto piso donde vive. Su esposo era juez, y ha muerto hace seis años. Tiene dos hijos casados. Pero a uno lo mataron hace un año. Era el sábado 30 de mayo. La policía rodeó la casa del Km. 20 del Camino Maldonado adonde él había entrado. Rodeado por las metralletas salió desarmado, con las manos en alto, y cayó segado por una ráfaga. El hijo de esta señora que me escucha con amabilidad acogedora tenía 23 años y se llamaba Fernán. Fernán Pucurull.

# una muerte, una madre

—¿Por qué hacen esta deferencia conmigo? ¿Y la madre de Zabalza, de Cuttelli, de Salerno? Yo no distingo entre mi hijo y los otros.

Le explico que CUESTION ha iniciado una serie de reportajes que quieren mostrar el lado oculto de una lucha que siempre se muestra desde el ángulo policial, y que se ha pensado en ella porque en estos días se cumplió un año de la muerte de su hijo.

—Para mí sigue vivo, está conmigo siempre.

—¿Usted no siente, señora, que al margen de que se comparta o no el camino que habían elegido su hijo y todos los que usted recuerda, hay en gran parte de nuestro pueblo un sentimiento semejante al suyo, que mantiene viva la memoria de todos los que cayeron? ¿Usted no sabe, o no siente, que cada muerte ha despertado un dolor solidario que desgraciadamente no se pudo hacer llegar hasta ustedes, las madres, hasta las esposas de los que morían?

—Ah, sí. Nunca me olvidaré de lo que hicieron los muchachos de

Durazno. Estuvieron esperando el cortejo de Fernán durante horas. No querían informarles de la hora a que llegaría, y ellos esperaron. Y cantaron el himno nacional. Yo también canté, llorando pero canté.

—¿Qué muchachos eran? ¿Estudiantes amigos de Fernán?

—No, eran gentes que apenas lo conocían, o no lo habían conocido. Nosotros íbamos en vacaciones a Durazno cuando mis hijos eran chicos, pero luego, cuando fueron mayores, ya no iban. Así que para mí fue doblemente valioso lo que hicieron. Esos muchachos sí que entienden la letra del himno. Yo creo que la gente lo canta siempre, pero no sabe o no cree en lo que canta.

—Señora: ¿usted conocía la vida que había elegido su hijo? ¿Temía que su muerte podría ser como fue?

—No, me enteré por la radio... Fernán era muy reservado, muy callado. No me contaba nada y yo no le preguntaba nada. En casa siempre nos hemos respetado mucho entre nosotros. Así era mi esposo. Cuando los chicos estudia-

ban, les preguntaba por el motivo de las huelgas; él exponía su opinión y les decía que luego eran ellos los que tenían que decidir y elegir. Cuando mi marido murió, yo seguí en esa línea. Fernán se casó y se fue para afuera. Tal vez mi intuición me hizo sospechar que estaba en peligro, pero él nunca me dijo nada.

—¿Usted siente que su dolor es más grande porque murió así, baleado cuando se entregaba?

—Es difícil explicarlo. Usted comprenderá que el dolor por la pérdida de un hijo siempre es inmenso, y casi no se puede hablar de él. Pero yo siento, no alegría, no, no puede ser alegría, pero sí orgullo. Porque él murió defendiendo sus ideas. Una vez me dijo: «Cada cual tiene que dar todo lo que es. Aunque sea poco, no importa; pero hay que darlo». Yo creo que él murió porque estaba dando lo que era y porque luchaba para que las madres tuvieran pan para sus hijos. Hay tanta miseria, tantas enfermedades, como explicó el doctor Crotogini en un discurso...

—Señora, yo le preguntaba por la circunstancia de su muerte. No fue respetado en su decisión de entregarse.

—Los diarios dijeron que salió armado, pero no es cierto. Salió corriendo y lo mataron. Pero eso ¿ve? pienso que era parte de la ley de juego. No digo que tuvieran derecho, pero era parte de lo que Fernán ya sabía. En cambio, lo que no puedo perdonar es que no me lo dejaron ver, ni por cinco minutos siquiera... Mire, yo sufro también cuando matan a un policía, y pienso en las madres y en las

esposas que dejan atrás. Pero veo esos entierros que les hacen, y me indigno al recordar que a mí me obligaron a llevar hasta Durazno un cajón en el que yo no sabía si iba mi hijo o no. Dijeron que era por las medidas de seguridad.

La madre de Fernán Pucurull me dice estas cosas con una serenidad trabajada muy desde adentro, buscando que la sonrisa ratifique su decisión de entender, de interpretar y de integrar el absurdo. Y su propia sonrisa la lleva hasta un recuerdo.

—A Fernán le gustaban los animales y los niños. Era lo único en que nos parecíamos, porque él era muy valiente y yo no soy nada valiente. Le hubiera gustado mucho tener un hijo, pero no pudo ser. Luchó por otros niños: los que tienen hambre.

—¿Se siente sola? ¿O siente que hay gente que comparte su dolor y

el sentido que usted le asigna a la muerte de su hijo?

—No, no me siento sola, porque siempre estoy ocupada en hacer algo. Enseño a tejer en la escuela de Villa García, en donde ya ayu-



daba antes de la muerte de Fernán. Colaboro en APRI, en el Frente Amplio, en el Comité de Familiares de Presos Políticos. Pero en cuanto a las amistades, muchas se alejaron. Tal vez me in-

terpretaron mal cuando dije que yo prefería la compañía de la juventud, porque los jóvenes están luchando por el bien de los demás. Yo no puedo soportar que se critique a los jóvenes, que no los entiendan. Eso hizo que algunos se alejaron de mí. Y también porque no acepto que quieran separar a Fernán, mi hijo, del luchador que era. No me lo separen. Para mí es igual que los otros que murieron. Algunas amigas me acompañaron en aquellos días. Me miraban en los ojos. No sé qué esperaban encontrar. ¿Verme deshecha? Yo no lloro. El es igual que todos los que murieron y no los separo.

(...«A Fernán le gustaban los animales y los niños. Era lo único en que nos parecíamos, porque él era muy valiente y yo no soy nada valiente...»)

## blancos de ayer y blancos de hoy

«Cuanto más pesemos sobre el país más pronto se levantará el país entero para obligar la paz (...) ¿No nos han obligado (...) a abandonar nuestras moradas y a buscar refugio en los bosques, donde viene a cazarnos la metralla? (...) Una nación que vive entregada a la lujuria de una (...casta) que no obstante sus sacrificios de sangre no logra la libertad, la honradez administrativa, la quietud para el trabajo, es una nación que no tiene condiciones para ostentarse como tal (...) ¿Y esos hombres, bárbaros en sus instintos, se atreven a hablar de civilización e invocar la ley para exigir nuestro sometimiento? Nuestro sometimiento? La frase de Cambronne aquí ¡mierda! (...) No quedará piedra sobre piedra, no habrá árbol que de sombra, ni semilla que germine, ni planta que de fruto; habrá patria para todos o no habrá patria para nadie».

(Opiniones de líderes blancos en los vivacs del ejército comandado por Aparicia Saravia). Javier de Viana: Con Divisa Blanca.

«Protesto contra este nuevo atentado que retrotrae la imagen de nuestro país a límites incivilizados. Protesto contra el método, el delito, la reiteración, la insania.

Protesto por la irracionalidad del sistema que usa del terror como medio de influir sobre cierto sector —muy pequeño, por cierto— de la opinión pública a fin de insinuar culpabilidades, creando una forma de destruir reputaciones y de llevar la angustia a ciudadanos ejemplares, a sus familias y amigos (...)

Confío que un relámpago de responsabilidad moral ilumine a quienes dirigen y ejecutan estos atentados para que cesen en ellos y podamos discutir y ordenar nuestros problemas sin amenazas».

Alberto Gallinal.

(Declaración escrita por su puño y letra y entregada a la prensa montevideana que, solícita, acude periódicamente a entrevistarlo a su feudo de San Pedro de Timote).

## jornada por los presos políticos

«Este acto tiene como finalidad denunciar una realidad que se pretende ocultar: la existencia de campos de concentración, donde sin ninguna razón viven secuestradas decenas de personal arrancadas arbitrariamente de sus hogares, de sus centros de trabajo, de sus estudios, marginándolos de esta sociedad».

Con estas palabras, Kimal Amir, en nombre del Comité de Familia-

res de Presos Políticos comenzó su oratoria en el acto realizado en el Paraninfo de la Universidad el viernes 4, desbordado de público.

En la oportunidad hablaron delegados de las Comunidades Cristianas, del Movimiento Evangelista Revolucionario, de la Resistencia Obrero Estudiantil y del Comité de Familiares.

El acto fue definido por uno de

los oradores como «la culminación por un lado, de una etapa importante de la lucha por la libertad de los presos en los cuarteles. Pero al mismo tiempo constituye un punto de partida, un trampolín que posibilitará un importante salto en la profundidad del enfrentamiento con la dictadura, profundidad que está determinada por la solidaridad militante que viertan las organizaciones populares».